

Diego volvía todos los días á palacio en el mayor desaliento. Un día que volvía completamente desesperado, salió á su encuentro el paje Mendo.

—Tengo que daros una mala noticia, le dijo.

—¿Una mala noticia?

—Sí; he sorprendido esta mañana un secreto, y para daros prueba de amistad, voy á confíarosle.

—Hablad.

—¿Recordais aquella jóven de quien me hablasteis hace poco, aquella de quien estais enamorado?

—Sí; ¿que le pasa?

—Està enferma, muy enferma.

—¡Oh! exclamó Diego no pudiendo contenerse, y comprendiendo entónces la falta de asistencia de la jóven á la catedral, decidme, por piedad, dónde se halla esa jóven, yo necesito saber de ella.

—Solo puedo deciros una cosa: no perdais esta noche de vista la puerta de la capilla que da á los claustros del Norte. Es muy posible que veais salir por ella dos hombres embozados. Seguidlos á corta distancia, y acaso lograreis vuestro deseo.

Diego siguió al rey á la iglesia, y al dar las ánimas se ocultó en un ángulo del claustro, y vió salir á dos hombres embozados, los cuales se dirigieron por una puerta del palacio, que siempre estaba cerrada, á una de las calles contiguas á la de Escudillers.

Diego los siguió á corta distancia, y vió entrar á uno de ellos en una casa, en tanto que el otro se quedaba aguardando á la puerta.

No habia duda.

El embozado que habia entrado en la casa, era el rey.

Allí debia vivir María.

Al día siguiente temprano, llamó á la puerta de la misma casa, y no tardó en hallarse en presencia de la dueña.

Doña Irene reconoció á Diego, y le acogió con la mayor bondad.

—Señora, en vano seria ocultaros el sentimiento que me ha traído aquí, le dijo Diego á la dueña. Cualquiera pretexto que tomase, descubriría mi engaño: prefiero revelaros la verdad.

—Os esperaba, le dijo doña Irene, así es que no me causa sorpresa vuestra venida.

—¿Me esperabais vos?

—Sí, por cierto.

—¿Sabeis entónces cuál es el objeto de mi venida?

—Sí; venís á informaros del estado de la salud de una persona que ha logrado interesaros algo.

—Pues bien; entónces es inútil el fingimiento, señora, dijo Diego. No sé por qué desde el primer instante en que contemplaron mis ojos á María, se despertó en mi alma un vivo afecto hácia ella. ¿Cuál es la causa de esta simpatía? Lo único que sé es que pienso á todas horas en ella, y anelo su felicidad más que la mia propia; desde que he sabido que está enferma ni vivo ni sosiego, y que os pido permiso para venir todos los días á saber cómo se halla, y unir con vos mis oraciones para que el cielo se apiade de su desdicha, y la devuelva la salud.

—Pláceme en el alma que penseis de ese modo, y puedo aseguraros que María siente hácia vos un afecto muy parecido al vuestro. Afortunadamente hoy ha empezado á mejorar mucho, y Dios mediante, volveremos á verla como anhelaís.

—Pero ¿cómo habeis sabido dónde vivimos? ¿Cómo habeis llegado hasta aquí?

—Hace ya muchos días que os buscaba, pero hasta anoche no logré averiguar vuestro paradero.

—¿Anoche?

—Sí: anoche vinieron dos hombres á esta casa

—¿Cómo? ¿Vos sabéis?

—Lo sé todo; el rey estuvo aquí, ¿no es cierto?

—Si lo sabéis ¿para qué ocultároslo?

—Y ya que sois tan buena para conmigo, ¿no calmareis la ansiedad que experimenta mi alma ante la duda? . . . ¿con qué motivo viene el rey á esta casa?

—Vos que le habeis visto venir, habeis sabido cuáles son los motivos que tiene para proteger á mi señora.

—Eso es precisamente lo que ignoro.

—¡Ah! pues si lo ignorais, por mi parte no puedo revelaros un secreto que no me pertenece.

—¡Ah! exclamó Diego, esa obstinacion en negar, me prueba que los motivos que traen aquí al rey son ménos dignos de lo que yo creia.

—Ved que insultais á mi señora.

—¿Por qué no la defendeis vos con una revelacion cumplida?

—Porque soy su leal servidora y he empeñado mi palabra de no revelar el secreto. Pero puedo hacer algo para que aparezca á vuestros ojos tan pura como es.

—Hablad, hablad por piedad.

—El rey debe volver esta noche á saber cómo se halla mi señora.

—¡Y bien!

—No vendrá hasta las ánimas. Venid vos ántes, y sin faltar á mi promesa, porque yo no he ofrecido más que no hablar, podreis desde una habitacion contigua, convenceros de que vuestras sospechas son injustas, y de que Dios bendice al rey cuando viene á esta casa.

—¡Ah! gracias, gracias, exclamó Diego estrechando la ma-

no de la dueña. Me dais la vida, y al despedirme de vos, me place haceros una promesa. Amais á María, ¿no es verdad?

—Como si fuera mi propia hija.

—Pues bien: yo os juro que labraré su felicidad, aun á costa de mi propia existencia.

Y al decir esto, partió Diego dispuesto á apurar aquella noche las dudas que le atormentaban.

María no tardó en saber que Diego habia estado á informe de su salud, y las palabras de la dueña produjeron en su alma más efecto que las más eficaces medicinas.

Sus ojos se iluminaron.

Su pulso latió con más violencia, y todo demostraba que queria vivir para pagar la deuda de gratitud que habia contraído.

Pero doña Irene se guardó muy bien de decir á la jóven que aquella noche iba á tener su entrevista con el rey un festigo oculto.

Poco ántes de las ánimas llegó Diego, y con el mayor sigilo lo condujo doña Irene á una habitacion próxima á la que ocupaba María, desde la cual podia oír todo lo que hablara la jóven.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando sonó un aldabonazo en la puerta.

Diego oyó decir á María:

—El es, mi protector.

Doña Irene fué á abrir la puerta, y pasados algunos instantes, penetró el rey en la habitacion.

María estaba más aliviada, y la alegría se pintó en su rostro al ver á su lado á su bondadoso protector.

—¿Cómo estás, hija mia? le dijo el rey.

—Mejor, mucho mejor; hoy me siento muy bien; las fuerzas vuelven de nuevo á sostenerme, y Dios mediante, dentro

de pocos días podré ir al templo á dar gracias á Dios por haberme salvado la vida.

—Pláceme verte con tan buenos ánimos.

—A vuestras bondades lo debo, señor, dijo María. Pobre huérfana, al perder á mi padre, he hallado en vos todo su cariño, todos sus cuidados. El cielo os pague tanta caridad.

—No hago más que cumplir un deber. Tu padre fué uno de mis mejores, de mis más leales servidores, y no ignorais, que al caer herido à mi lado en el combate me pidió que le reemplazase á tu lado.

La última voluntad de un valiente debe cumplirla un rey agradecido.

—No en vano sois en la tierra el instrumento de la Providencia.

—Pero no hablemos de eso, hija mía, hablemos de tu porvenir, de tu felicidad.

—¿Puedo ser más dichosa?

—Me interesa asegurar tu porvenir, colmarte de venturas, y aun cuando me preocupan los negocios del Estado, no por eso dejo de pensar en tí.

Ya que estás bien, para acelerar tu mejoría, voy á comunicarte una nueva que de seguro te agradará.

Diego escuchaba esta conversacion y las lágrimas se asomaban á sus ojos, lágrimas al mismo tiempo de indignacion y de alegría.

De indignacion, porque comprendia la sinceridad de los lazos que unian á María con el rey, y recordaba las dos versiones calumniosas que acerca de ella habia oido.

De alegría, porque María recobraba la salud, y porque veia que era el objeto del afecto más puro, del interes más noble del soberano.

El rey continuó hablando á María.

—Afectuoso padre para tí, no solamente he tenido ocasion de comprender el tesoro de virtud, los generosos sentimientos que se albergan en tu alma, sino que sé que hasta ahora, à pesar de la libertad en que has vivido y vives, ni has cedido á los halagos de pasion alguna, ni has incurrido en ninguna debilidad dispensable en todas las mujeres, y más aún en las que como tú viven sin familia. ¿No es verdad, María? ¿No es verdad que no has amado, que no amas á nadie?

Aquella pregunta causó gran sorpresa á la jóven.

Vaciló un instante; por la primera vez se confesó á sí propia que amaba, pero al oir una pregunta que implicaba una respuesta negativa:

—¿Qué decís, señor? balbuceó sin atreverse á negar ni á afirmar.

—Digo que estoy seguro de que aún no ha despertado tu corazon al amor, y de que esa pureza de tu alma es un atractivo más que te ha hecho en extremo interesante á una persona á quien yo profeso una amistad muy grande.

Las mejillas de María se colorearon de un vivo carmin.

—No os comprendo, señor, dijo, sin atreverse á fijar los ojos en el rey.

—Te hablaré con franqueza. Uno de mi más queridos servidores ha fijado muchas veces en tí sus miradas, y ha adivinado los tesoros de felicidad que encierra tu alma. Adivinarlos y desearlos ha sido todo uno; pero es noble, es leal, sabe cuánto me interesa tu suerte, y ántes de dirigirse á tí, ha venido como bueno á confesar su sentimiento al que hace las veces de tu padre.

Las palabras del rey no solo producian sorpresa, sino dolor en el corazon de la jóven.

El peligro de verse obligada á ser de otro hombre hacia comprender á María cuánto amaba á Diego, y esto le dió fuerzas para hablar al rey.

—¡Oh, señor! dije; yo agradezco vuestra bondad. Pero ¿cómo quereis que la pobre huérfana sueñe en una felicidad que no puede ser, porque su corazón está muy triste?

No; yo no he pensado nunca en amar, ni amaré.

—¡Pobre niña! exclamó el rey. Lo crees de buena fe, pero te engañas á tí misma; amarás, porque esa es una ley ineludible, y si algun influjo tengo yo sobre tí, te pediré que ames al hombre que está prendado de tu belleza, porque es digno de tu amor, y porque yo quiero dejar de verte con misterio, quiero dejar á tu lado un protector que vele por tu vida cuando yo muera, y solo de este modo puedo conseguir mi deseo.

Cuando sepas quién es el que aspira á tu mano, comprenderás mi beneplácito. El que aspira á tu mano, el que desea labrar tu felicidad, es Lupercio Santangel, hijo de mi tesorero mayor. Tú ves que á su lado puedes ser una de las mujeres más felices de la tierra. ¿Qué me dices?

—Señor, mi gratitud es inmensa, ¿cómo pagaros tantos beneficios?

—No quiero que resolvais ahora esa cuestion, y si te he hablado de ella ha sido para aumentar tu alegría, para fortificar tu esperanza. Pronto te pondrás buena; pronto abandonaremos á Cataluña para volver á Aragon, y allí bendecirá el cielo tu union con mi protegido.

Diego no sabia explicarse lo que le pasaba.

El rey habia dispuesto del corazón de María para entregárselo á un hombre que era hijo del que más proteccion habia dispensado á su padre, del que habia proporcionado los recursos para la expedicion, que habia sido el sueño dorado del autor de sus días.

Un sentimiento de gratitud le impulsaba á partir para siempre del lado de María, á olvidarla, á morir, si no podia

borrarla de su memoria, ántes que fomentar una pasion que tan desgraciada debia ser para él.

Pero el amor, el vehemente amor que le inspiraba la jóven, le retenia á su lado y oia aquella conversacion sin poder darse cuenta de lo que le pasaba.

El rey se despidió de la jóven, y María prorrumpió en amargo llanto.

Irene no tardó en volver á su lado.

—¿Qué teneis, hija mia? le preguntó.

—¡Ah! exclamó sollozando María, soy la más desventurada de las mujeres.

—¿Por qué?

—El rey quiere casarme con un hombre á quien no conozco, á quien no amo.

—Cuando su majestad lo desea, será por vuestro bien.

—No, no, mi bien es otro. ¡Ah! por qué no habré muerto! Preferiria mil veces morir, á la suerte que me espera.

—¿Qué decís?

—Estoy loca, loca, sí; pero yo no puedo amar, porque ya amo, y amo con toda mi alma.

—Me parece que adivino vuestros sentimientos.

—Sí; ¿para qué ocultarlo? amo á Diego; sin él la vida me es odiosa.

—Pues alegraos, mi señora, alegraos, dijo la dueña, porque él tambien. . .

No pudo concluir la frase.

Diego apareció en el dintel de la puerta, y sin ser visto de María, hizo una seña á la dueña para que callase.

María, abismada en sus pensamientos y herida de muerte por su dolor, no notó lo que acababa de pasar.

Irene se dirigió á la habitacion en donde estaba Diego.

—Ocultadla siempre que he estado aquí, la dijo, que he descubierto su secreto, ¡y que Dios se apiade de nosotros!

Diego partió de casa de María, llevando en su alma uno de esos dolores que no se extinguen nunca.

Era amado, y tenía que renunciar á su única felicidad.

¡Se oponían á su ventura los que tenían más derecho á exigir gratitud de su alma!

Pronto empezaba á sufrir.

Pero tenía en su padre un ejemplo vivo de abnegación y de heroísmo.

La fe que habia despertado en su alma, y que habian fortalecido los consejos del venerable prior de la Rábida, fué el único bálsamo que mitigó su acerba pena.

La fe es un rocío tan vivificante, que puede convertir en desengaño la esperanza.

Aquello no era más que el principio de una vida en la que la alegría y el dolor debían mezclarse y renovarse á cada instante.

¿Qué porvenir estaba reservado á aquel amor?

¿Logró vencer aquellos obstáculos?

¿Pudo sobrevivir María á la muerte de su esperanza?

A su tiempo lo sabremos.

Sigamos ahora á Colon y á los marinos que le acompañaban á la conquista del Nuevo-Mundo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

PARTE PRIMERA.

LOS DECRETOS DE LA PROVIDENCIA

Capítulos.	Páginas.
I El convento de Santa Maria de la Rábida.....	3
II Quién era Cristóbal Colon.....	12
III Amor y Dicha.....	18
IV El presentimiento del Nuevo Mundo.....	27
V Un rey y un loco.....	33
VI El peregrino.....	43
VII El prior Juan Perez de Marchena.....	50
VIII Los dos viajeros.....	60
IX Un soldado que habla como un libro.....	70
X Una felicidad inesperada.....	78
XI Una carta de recomendacion.....	91
XII Luz y sombra.....	97
XIII La torre de la Malmuerta (episodio).....	108
XIV Un crimen y un castigo (episodio).....	119
XV Una protectora.....	128
XVI Alegría y dolor.....	137
XVII Dicha y desdicha.....	147
XVIII Ardides del amor.....	153
XIX El ángel de la guarda.....	162
XX Sucesos.....	169
XXI Desaliento.....	176
XXII Misterios del corazon.....	193
XXIII La semilla del bien.....	211